

convergentes; y que no deberá olvidarse, pese a las diferencias entre poderes religioso y político-civil, que la acción misionera estuvo más que ligada a la expansión del imperialismo, tal como, entre otros muchos, intuyó y explicó en su momento el canónigo J. Leclercq cuando escribió su curiosa obra *Diplomacia de Cristo en China*, o G. Martina, en su conocida obra *La Iglesia. De Lutero a nuestros días*.

En la segunda parte, la que trata de analizar las “paradojas de la modernidad”, se refieren el “renacer del mundo católico” entre la Gran Guerra y los años sesenta (J. M. Laboa), similar regeneración en el mundo protestante (Moros Ruano), la trayectoria de la descolonización y su repercusión en las iglesias (P. y J. Negre), y el “gran viraje” de las teología cristiana (protestante y católica) en el entorno del Vaticano II (J. M<sup>a</sup> Castillo).

Aquí vuelve a dominar la visión y la estructuración católicas del proceso; y desde el prisma católico fundamentalmente terminan por verse e interpretarse los cambios sociales y políticos y las repercusiones pastorales de los mismos desde la teología y desde la *praxis* religiosa consiguiente. La visión geográfica del proceso descolonizador, desde la consideración del Tercer Mundo en el marco de la Guerra Fría y en la descripción de los modelos de liberación nacional que desembocan en la apuesta ecuménica y misionera, y el análisis del “gran viraje” de las teología protestante y católica en el marco del Vaticano II completan esta parte, que termina, en su último capítulo, de la mano de J. M<sup>a</sup> Castillo, preguntándose por el papel del cristianismo ante el “nuevo modelo de sociedad” que viene modificando las creencias y valores de los ciudadanos del mundo (pág. 420).

La parte tercera podría ser el intento de respuestas a esta cuestión: “el cristianismo en la era de la globalización; y de la mano de J. A. Estrada, J. J. Tamayo, M. Vidal y F. Torredeflot, se analizan y ofertan pistas para el conocimiento y diagnosis de las dificultades de las iglesias en la posmodernidad, al tiempo que se describen las teologías cristianas al final del Milenio (teología de la esperanza y de la cruz, teología política, teología de la liberación, teología feminista, teología ecológica y teología de las religiones), los cambios y perspectivas de futuro en la ética teológica, y la naturaleza y provenir del diálogo interreligioso. M. Vidal, cuando busca perspectivas de futuro, en el marco y dentro del compromiso que hace factible este volumen,

opta, más como deseo que como realidad plena, por un retorno a las fuentes, cambios en la búsqueda y orientación de contenidos hacia un proyecto de “humanidad solidaria”. Posiblemente sería el camino aún viable en el diálogo interreligioso entre el “ideal” y la “fragilidad” de lo que cabría resumir como “hecho religioso”.

Que la obra merece la pena, no cabe la menor duda; pese a muchos interrogantes, y aun cuando se podría hablar también de “un invierno para la expresión de los religioso” (pág. 846). De todas formas, como sugiere el autor del último capítulo “Arte y cristianismo en la edad contemporánea”, “la historia del último siglo, para los que son recién llegados a un presente aún no escrito, es acreedora a la continuidad, al compromiso con el porvenir inminente” (pág. 847).

**Castillo, Jesús M., *Migraciones ambientales. Huyendo de la crisis ecológica en el siglo XXI*. Bilbao, Virus Editorial, 2010, 108 pp.**

Por Francisco de Paula Villatoro Sánchez.  
(Universidad de Cádiz)

Las migraciones transnacionales han sido, probablemente, uno de los fenómenos más característicos y de mayor impacto mediático y social de lo que ha venido en llamarse el capitalismo global. Durante la segunda mitad del siglo XX, las antaño metrópolis emisoras de población hacia los territorios colonizados se convertían en el foco de atracción de una nueva tipología migratoria, alejada ya de los cánones tradicionales y con un sesgo mucho más económico y laboral. Estas nuevas migraciones contemporáneas se caracterizaron por unos flujos de movilidad de población hasta entonces insospechados facilitados por el abaratamiento en los costes de movilidad de la población y, también, de la información.

Este fenómeno migratorio ha sido analizado principalmente desde el punto de vista de los grandes centros económicos y financieros de Europa, Norteamérica y el Lejano Oriente, considerándose básicamente como poblacionales de carácter eminentemente económico y socio-laboral de personal de baja cualificación que se usaba como mano de obra en los grandes centros de producción capitalista a la par que aliviaban la presión demográfica de unos territorios subdesarrollados que se enfrentaban al reto de realizar una transición demográfica efectiva con

unas estructuras socio-económicas muy deficientes.

Esta visión, extremadamente generalista, obvia los grandes movimientos poblacionales que se producen dentro de lo que denominamos generalmente como Tercer Mundo y que en muchas ocasiones no tienen una causa estrictamente económica. En este sentido, han sido muy frecuentes, junto con el aumento poblacional que estos países han vivido a lo largo del siglo XX, el desarrollo de flujos migratorios por otros motivos como los políticos (conflictos armados principalmente) o los que podemos considerar ambientales (grandes catástrofes naturales, fuertes procesos de degradación medioambiental...).

Históricamente tenemos constancia de movimientos poblacionales en que jugó un rol importante los cambios medioambientales en los territorios (cambios de temperatura, desastres naturales,...). En cualquier caso, la fuerte presión demográfica sobre determinados territorios, junto con una actividad antrópica muy agresiva sobre el medio ambiente, han propiciado no sólo el agotamiento de ciertos recursos, sino también la aceleración de procesos de desertización y contaminación ambiental que han endurecido las condiciones de vida en determinados lugares. Por no hablar del grado de responsabilidad del ser humano en el proceso de calentamiento global y la vinculación de este fenómeno con un posible aumento del número y la intensidad de determinadas catástrofes naturales.

La obra que tenemos entre manos trata, en este sentido, de acercarse a este componente medioambiental que observamos en muchos de los procesos migratorios que observamos en las últimas décadas. Así, haciendo un menor hincapié en la presión demográfica de determinados territorios (motivación principal de estas migraciones hacia otros territorios según especialistas más tradicionales), el ensayo se centra en la importancia de la degradación ambiental en la motivación y desarrollo de las migraciones contemporáneas.

Así, es hecho probado que incluso en migraciones locales y regionales, como las que se observan en determinadas regiones del Magreb del campo a la ciudad existe un componente de aumento de la desertización que endurece las condiciones de vida y dificulta el desarrollo de una agricultura tradicional, motivando, en buena medida movimientos de

población hacia las grandes ciudades de Marruecos, Túnez y Argelia, y, en muchos casos, posteriormente de aquí a las metrópolis europeas. Este ejemplo apenas es significativo en relación con situaciones mucho más claras y evidentes que se ofrecen a lo largo del libro.

De esta forma, buena parte de la obra es un ensayo descriptivo acerca de los distintos tipos y casos de migraciones que podemos considerar ambientales, como decimos, desde las motivadas por fenómenos específicos (inundaciones, huracanes, erupciones volcánicas...) hasta aquellas otras ligadas a procesos de degradación medioambiental como contaminación, deforestación, etc. El componente de estas migraciones que consideramos ambientales no es, en cualquier caso, único, y debe considerarse en relación a otros factores de carácter socio-laboral y demográfico. La novedad de esta obra reside, a nuestro entender, precisamente en que sin obviar estos factores socioeconómicos y de presión demográfica introduce una nueva variable que en muchos casos resulta determinante y que podría afectar a muchísimos millones de personas.

En este sentido, no sólo hablamos de los procesos migratorios ya iniciados, sino que nos referimos a potenciales migrantes ligados a fenómenos naturales de degradación ambiental ya en marcha y que, en opinión del autor, alcanzará su punto álgido hacia 2050. Piénsese, por ejemplo, en la cantidad de desplazados que se producirían en caso de seguir aumentando el nivel del mar como consecuencia del deshielo de los cascos polares, fenómeno que llevaría incluso a la desaparición de numerosos Estados en el Océano Pacífico.

Estos factores medioambientales, como decimos, han tenido una cierta importancia en otros fenómenos históricos de movilidad poblacional, pero la acción antrópica que ha acelerado cuando no provocado estos procesos, unido sin duda a un abaratamiento de los costes de transporte que facilitan esta movilidad, dan un sesgo particular a la consideración de este fenómeno.

Probablemente el ensayo que estamos considerando no entré de forma pormenorizada en las causas de este tipo de movimientos migratorios, limitándose a señalar la responsabilidad de las estructuras políticas y económicas de los países ricos en la explotación capitalista de otros territorios como causa de

esta degradación ambiental que motiva muchas de estas migraciones. Si constituye, en cualquier caso, una publicación necesaria por cuanto divulga y conciencia de una nueva realidad de alcance global, que va más allá de los fenómenos migratorios de referente mediático como el paso del Estrecho de Gibraltar o el río Bravo norteamericano; a la que par que, a nivel académico matiza, señala y pone en valor un nuevo componente en muchos de estos movimientos poblacionales que hasta ahora no se señalaba sino de manera muy marginal como un agravante o, en todo caso, como causa principal de migración cuando nos referíamos específicamente a grandes catástrofes naturales.

**De Regoyos, Jacobo, *Belgistán. El laboratorio nacionalista*. Barcelona, Planeta, 2011, 297 pp.**

Por Pedro de los Santos López.  
(Universidad de Cádiz)

Bélgica vive actualmente en medio de un estado de incertidumbre respecto a su status nacional, pues las históricas diferencias entre el norte flamenco y el sur valón, agravadas aún más tras las últimas elecciones generales, comienzan a parecer irresolubles. En los comicios el partido independentista N-VA (*Nationale Volksarmee*) obtuvo un espectacular resultado, supeditando la formación de un gobierno central a la consecución de una nueva reforma estatal que legitime las aspiraciones nacionalistas de Flandes. Esta es la base de la crisis belga, la que, por el momento, ha llevado al país a estar ya más de un año sin gobierno y bajo limitadas perspectivas de solución.

La compleja formación histórica de Bélgica se ve continuada en la actualidad por su enrevesado día a día, pues la frontera lingüística existente se refleja continuamente en campos tan diversos como la economía, la política, o las relaciones sociales. Tras cinco reformas estatales, el país presenta una notable obesidad institucional, con multitud de parlamentos, diputados y administraciones, en la que política exterior, orden público y protección social perviven como las únicas competencias que el gobierno central no ha delegado en las comunidades (francófona, neerlandófona y germanófona) o en las regiones (Flandes, Valonia y Bruselas). Ello explica como en un país de diez millones y medio de habitantes, más de 800.000 son trabajadores públicos; junto a ello, “la estructura institucional de este país alimenta las fuerzas centrífugas y aumenta la percepción de que hay dos pueblos

diferentes que se separan más cada día”, algo que se retro alimenta, entre otras razones, por la inexistencia de partidos políticos, televisiones o periódicos nacionales, la profunda división educativa y un cultivado rencor histórico entre las regiones, especialmente en dirección nortesur. Por ello, si se desea acercarse a la *Cuestión Belga*, es imprescindible conocer sus bases, su idiosincrasia y su devenir histórico, y para ello, el libro de Jacobo de Regoyos, *Belgistán, El laboratorio Nacionalista*, constituye un excelente ejemplar.

Como corresponsal de Onda Cero en Bruselas por más de una década, el autor ha podido observar en primera persona el especial funcionamiento de este país, así como la intensificación del sentimiento independentista flamenco. Gracias al estudio de la abundante documentación citada, de Regoyos nos realiza una profunda síntesis de la actualidad belga, e igualmente nos ofrece un desarrollo histórico del problema lingüístico, junto a sus connotaciones político/culturales, que no poseen, ni mucho menos, escaso recorrido. Este se remonta a la ocupación de la región por los romanos, que produjo una mayor latinización del sur mientras que el norte se vio envuelto en numerosas guerras que posibilitaron la pervivencia de la cultura germánica y su lenguaje.

Con el transcurso de los siglos, ya en la época moderna, tras haber sorteado la presión carolingia, ambos idiomas están plenamente instaurados, e incluso ya ha habido un primer conato nacionalista flamenco al enfrentarse a la unificación de los Países Bajos por Felipe III de Borgoña. Progresivamente el francés fue instaurándose como lengua nobiliar, administrativa y cultural, proceso que tomará mayor fuerza bajo la ocupación de la Francia revolucionaria, una etapa histórica en la que se empieza a visualizar la emergencia de Valonia como una de las regiones más industrializadas de Europa. Tras la independencia de Holanda, Talleyrand hábilmente negociaría las directrices políticas “al obtener en Londres la aceptación del principio de no intervención en Bélgica, y la neutralidad pasó a ser el fundamento del nuevo Estado que se estaba fabricando, condición que sería la verdadera piedra de toque de su desarrollo y viabilidad hasta la Primera Guerra Mundial”.

El sentimiento flamenco, de mayor amplitud demográfica, se sintió apartado y menospreciado, desplazado de la vida política y